



Tomás de Iriarte

Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tomás de Iriarte

Poesías

Anacreónticas

- I -

Viéndome Cupido

estar padeciendo

por la bella Orminta

sin fruto, sin premio,

compasivo quiso,
5

por extraño medio,

aliviar mis penas

un breve momento.

Cuando al sueño daba

mis cansados miembros,
10

a una falsa imagen

debí algún consuelo.

Soñé que mi esquivo,

que mi hermoso dueño,

el dueño a quien siempre
15

querré, quise y quiero,

no era de mil gracias

perfecto modelo,

ni en él advertía

belleza ni ingenio.
20

Soñé que aquel rostro,

que fue mi embeleso,

sonrosado no era,

ni rubio el cabello.

Soñé que sus labios
25

no eran tan bermejos,

ni sus garzos ojos

grandes y despiertos;

que no era su risa,

la risa de Venus,
30

ni el eco de su habla

grato y halagüeño.

Soñé que en el baile

sus pies no eran diestros,

que en nada tenían

35

sus manos acierto,

que no era su talle

noble y bien dispuesto,

ni su andar airoso,

ni su trato ameno.

40

«¡Qué! (dije), ¿y es ésta

la que estoy queriendo?

Olvidarla es fácil

y amarla era yerro.»

Al amor tirano

45

despido contento;

aplaudo mi dicha,

y entonces despierto.

Mi engaño conozco,

Ormintá, y ya quedo

50

bien escarmentado

de creer en sueños.

- II -

Cuando la tierra fría

dé hospedaje a mi cuerpo,

¿qué servirá que deje

acá renombre eterno,

que me erija un amigo
5

sepulcral monumento,

que me escriba la vida,

que publique mis versos,

que damas y galanes,

niños, mozos y viejos
10

me lean, y me lloren

mis parientes y afectos?

Esta fama, esta gloria,

a que aspiran mil necios,

no me da, mientras vivo,
15

vanidad ni consuelo.

No quiero yo otra fama,

otra gloria no quiero,

sino que se oiga en boca

de niños, mozos, viejos,
20

de damas y galanes,

de parientes y afectos:

«Este hombre quiso a Laura,

y Laura es quien le ha muerto.»

- III -

Algún día, Lisarda,

tuve, si bien me acuerdo,

cinco sentidos míos;

mas ya ninguno encuentro.

Los gustos que solía
5

recibir yo por ellos,

ni me parecen gustos,

ni aun creo que los siento.

Cinco eran bien cabales.

Responde: ¿Qué se han hecho?
10

Tú me los has robado;

oye de qué lo infiero.

A mi vista agradables

eran en otro tiempo

lo frondoso de un bosque,
15

lo florido de un huerto,

la hermosa perspectiva

de los azules cerros,

las fértiles llanuras

y el estrellado cielo.
20

No es ya para mis ojos

deleite nada de esto,

que sólo se deleitan

en ver los de su dueño.

¡Cuántas veces colmaron
25

mi oído de contento

con alternadas glosas,

con trinos y gorjeos,

al perenne susurro

de un arroyuelo inquieto,
30

entre las altas ramas,

los músicos jilgueros!

Mas ya, Lisarda mía,

sólo a tu voz atiendo,

cuando con una gracia,
35

cuando con un acento

que en el alma se interna,

que excita mil afectos,

dejas en mí indeleble

la impresión de tus ecos.
40

Delicias del olfato

en algún tiempo fueron

el jazmín y la rosa,

el florido romero.

Ya el olor de las flores
45

no me causa recreo,

cuando no huelo aquellas

que adornaron tu seno,

aquellas que tú misma

con semblante halagüeño
50

permities que a mi mano

pasen desde tu pecho.

Regalábase el gusto

bajo un parral espeso,

con el fruto pendiente
55

de los verdes sarmientos.

Ya en verano saciaba

el paladar su anhelo

con la fresa cogida

del húmedo terreno,
60

o ya le recreaba

en el rígido invierno

el jugo que las uvas

sazonadas rindieron.

Ningún manjar sabroso
65

hoy, Lisarda, apetezco,

sino aquellas finezas

que de tu mano obtengo.

Ni el licor que da Baco

ya con deleite pruebo

70

sino en el mismo vidrio

en que tu labio has puesto.

En fin, Lisarda hermosa,

por que veas si es cierto

que ni un sentido sano

75

has dejado en mi cuerpo,

ya mi tacto, que nunca

fue embotado ni lento,

para tu sexo todo

insensible se ha vuelto.
80

Sólo cuando tu mano

con los hoyosos dedos...

Mas ¿qué digo? Perdona,

que me engañó el deseo.

La ocasión de obsequiarte divisé

muy lejos; bien digo yo que nunca

tuve en amor acierto. Caérsete,

señora, el abanico al suelo; hallarse

uno bien cerca, y echarse a tus pies
5

luego; levantarle y ponerle con

gozo y rendimiento en esas bellas

manos, valiendo algo el pretexto, es

dicha para alguno que en amor

tenga acierto; no para mi que en

10

todo fatal suerte padezco, pues ni

estuve tan cerca, ni me eché a tus

pies luego, ni alzar el abanico

permitió el breve tiempo, ni le puse

en tus manos, ni me valió el
15

pretexto. Bien digo yo que nunca

tuve en amor acierto.

- V -

Para que mi alma sane de la herida

que en ella hizo el traidor Cupido

con penetrante flecha,

tú, que mi amor no entiendes,

me recetas la ausencia,

5

y el cómo he de ausentarme

es lo que no recetas.

Yo, que hallar no confío

alivio en mi dolencia,

temo que mi tormento
10

más con la ausencia crezca.

¿Iré acaso a una quinta,

iré a una bella aldea,

en que ostente sus dones

la fresca primavera?
15

Sí; pero allí los valles,

los huertos, las riberas,

los prados, los arroyos

y las frondosas vegas

serán fieles testigos
20

de mil raras tristezas,

unas que llevo, y otras

que, si allá voy, me esperan.

En la arena del río,

en las verdes cortezas
25

escribiré aquel nombre

que hoy olvidar quisiera;

repitiéndole siempre

el eco de las selvas,

hará que mi tormento
30

más con la ausencia crezca.

Querrás que me acompañen

libros de ingenio y ciencia,

que en el discurso alivien

lo que el corazón pena.
35

Sí; pero nada es fácil

que yo, infelice, lea

sino amorosos versos

de algún tierno poeta;

y entonces los cariños,
40

las dulzuras, las quejas

harán que mi tormento

más con la ausencia crezca.

¿Recurriré al deleite

que en sonoras cadencias
45

la música divina

al oído franquea?

Sí; pero en cada acento

que despidan las cuerdas

se oirá el llanto mío,
50

que ablandará las piedras,

y los pausados tonos

de la armonía tierna

harán que mi tormento

más con la ausencia crezca.
55

Ausencia es un castigo

a que Amor nos condena;

si amor me le enviare,

en hora buena venga;

mas no quiero yo mismo
60

imponerme esta pena

para que mi tormento

más con la ausencia crezca

- VI -

Con motivo de otra que un poeta había escrito a una dama muy aficionada a dos pájaros canarios.

Las inocentes aves

que halagas y sustentas,

cuantos cariños logran,

tantos celos despiertan.

Islas Afortunadas

5

llaman la patria de ellas,

y tú las haces dignas

del nombre de su tierra.

No es mucho que un amante

que sabe, hermosa Celia,
10

lo que valen tus gracias

Y tus caricias tiernas,

envidie los favores

que tan ingrata niegas

a quien más los merece
15

porque más los aprecia.

No es mucho si otras aves

que la fama celebra

quisieran ser canarios

sólo por ser de Celia.
20

Aquel hermoso cisne

bajo cuya apariencia

Júpiter mismo quiso

enamorar a Leda;

las palomas que a Venus
25

por los aires pasean,

desde Amatunte a Pafos,

desde Chipre a Citera;

el águila que a Jove

el sacro rayo lleva,
30

y el pavón a quien Juno

honra con preferencia,

lo renunciaran todo

por gozar tus finezas;

que en deleite ganaran
35

Y en honor no perdieran.

Crezcan tus pajarillos,

y su música exceda

a la música varia

de suave Filomena.

40

Lo que en amor te deben,

lo que en halago y fiestas,

te paguen en aplausos

de sonora cadencia.

Paguen, sí, como suelen

45

los sensibles poetas,

en acentos de Apolo

de Cupido las deudas.

Mas ¡ay, que el canto ronco

de mi musa, no diestra,
50

en vano a sus gorjeos

hoy compararse intenta!

Ellos sí que merecen

que afable los atiendas;

ellos, y el cantor dulce
55

que envidió tus ternezas.

Paréceme que escucho

de su lira en las cuerdas

imitados los ecos

del verso, en que pondera
60

el latino Catulo

las gracias y excelencias

del pájaro pulido

delicias de su Lesbia.

Un poeta elegante
65

Celia obtuvo como ella,

y aunque a sus dos canarios

él tanta envidia tenga,

yo mucho más le envidio

la dichosa licencia
70

de ser nuevo Catulo

de aquesta Lesbia nueva.

Anacreónica a la primavera

Mira cómo los campos

se visten de verdor,

el árbol brota tallos,

el diestro rruiseñor

con caprichoso canto
5

alegra al labrador

que hace fértil el suelo

a costa de sudor.

Éste, Silvia, es el tiempo,

el tiempo del amor.

10

No temen los arroyos

que del hielo el rigor

aprisione su curso

ni le agote el calor.

La mariposa el jugo
15

exprime de la flor,

la abeja con anhelo

se aplica a su labor.

Éste, Silvia, es el tiempo,

el tiempo del amor.

20

Saluda al verde Mayo

el festivo pastor,

que sus hatos al campo

saca desde el albor,

mira con regocijo

25

pacer al balador

carnero, al bravo toro

y al chivo trepador.

Éste, Silvia, es el tiempo,

el tiempo del amor.

30

Letras para música

La primavera

Tonadilla pastoril

Ya alegra las campiñas

la fresca primavera;

el bosque y la pradera

renuevan su verdor.

Con silbo de las ramas
5

los árboles vecinos

acompañan los trinos

del dulce ruiseñor.

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.
10

Escucha cuál susurra

el arroyuelo manso;

al sueño y al descanso

convida su rumor.

¡Qué amena está la orilla!
15

¡Qué clara la corriente!

¿Cuándo exhaló el ambiente

más delicioso olor?

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.
20

Más bella y más temprana

alumbra ya la aurora;

el sol los campos dora

con otro resplandor.

Desnúdanse los montes
25

del duro y triste hielo,

y vístese ya el cielo

de más vario color.

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.
30

Las aves se enamoran,

los peces, los ganados,

y aun se aman enlazados

el árbol y la flor.

Naturaleza toda,
35

cobrando nueva vida,

aplaude la venida

de Mayo bienhechor.

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.
40

Recitado

Amarilis hermosa así cantaba

en lo más retirado

de una selva sombría.

Silvio, que la escuchaba

fino y alborozado,
45

de esta suerte a sus ecos respondía.

No, no creas, mi pastora,

que en la suave primavera

mi ternura verdadera

pueda acaso ser mayor.
50

Para mí, que te idolatro,

siempre es tiempo del amor.

Cuando todo lo destruye

el invierno proceloso,

cuando el cielo tenebroso
55

en la tierra infunde horror,

para mí, que firme adoro,

es el tiempo del amor.

La estación serena y bella

que la fruta da y sazona,
60

y de pámpano corona

al feliz vendimiador,

para mí, que por ti vivo,

es el tiempo del amor.

Cuando con las verdes plantas,
65

ya sedientas del rocío,

su rigor usa el estío,

con las mieses su favor,

para mí, que por ti muero,

es el tiempo del amor.

70

Seguidillas

Amarilis y Silvio,

¡qué de envidiosos

hoy quisieran amarse

como vosotros!

Caprichos, celos,

75

sustos, desvelos,

riñas, mudanzas,

desconfianzas,

ficción y enojos,

son el amor de moda
80

que gozan otros.

Vivid felices,

y feliz también sea

quien os imite.

Paz y alegría,
85

fiel simpatía,

quietud segura,

gusto y lisura,

amistad firme,

bienes son que otros buscan
90

y no consiguen.

El lorito

Tonadilla

Introducción

Yo, señores,

algún día

me reía

del amor,

5 de los hombres

me burlaba,

y gastaba

buen humor.

Un lorito

10 que tenía

merecía

mi afición,

y en cuidarle

y halagarle

15 sólo hallaba

diversión.

Pero tuvo el pobre loro

un galán competidor,

que envidioso se empeñaba

en robarle mi favor.

20

Logré un día la fortuna

de llegar en ocasión

que el amante a mi lorito

le cantaba esta canción.

Mas ¡con qué alma, con qué chiste!

25

(Queriditos, atención),

que el amante a mi lorito

le cantaba esta canción.

Canzoneta

Ya que tu feliz estrella

de humana voz te dotó,
30

y ya que te envidio yo

el hablar con tu ama bella,

loro, loro,

dila, dila que la adoro.

Cuando en su brazo te posas,
35

cuando la pluma te sienta,

y buscando el piojo, tienta

con sus manos cariñosas,

loro, loro,

dila, dila que la adoro.
40

Con tu mal mi mal conviene,

gracias al vendado dios;

que ella es dueño de los dos,

y a los dos presos nos tiene.

Loro, loro,
45

dila, dila que la adoro.

Desde aquel mismo instante

(confieso mi flaqueza)

yo no sé qué tristeza

me entró en el corazón.
50

Tan distraída andaba,

que al lorito querido

no daba, por olvido,

ni almuerzo ni lección.

55 Ya de la jaula

no lo sacaba;

ya la patita

no le pedía;

cuando él me hablaba,

60 no respondía

(¡caso bien raro!);

me parecía

que se explicaba

mucho más claro,

65 más expedito

el señorito

de la canción.

Él es ya el dueño

de mi albedrío,

70 que todo el ceño,

todo el desvío

poco duró,

y el señor mío

logró su empeño,

75 que al pobre loro

le desbancó.

¡Qué fortuna, qué mudanza!

Oigan todos (¡atención!).

Si el amor toma venganza

de quien ama lo que yo.
80

Seguidillas

Cuando está un pecho esquivo

más descuidado,

Capadillo le arroja

mejor flechazo.

¡Ah!... ¡Ah... que aquí le siento!
85

¡Oh!... ¡Oh... buen escarmiento

para la incauta niña

que tierna se encariña

con un perrito,

con un lorito,
90

con un monito

o un pajarito!...

¡Pobre inocente!

Ya verá que no es esto

lo que amor quiere.
95

Porque es seguro

que el amor siempre clama

por lo que es suyo.

¡Ah!... ¡Ah... que aquí le siento!

¡Oh!... ¡Oh... buen escarmiento, etc.

Los gustos estragados

Tonadilla

Sobre gustos no hay disputa,

dice un adagio vulgar;

pero hay gustos estragados,

y los quiero disputar.

5 Por ejemplo

(¡Chito, chito!)

Con licencia

del refrán,

perdonadme

10 la insolencia,

si es delito

criticar.

Hay Adonis que se inclina

a una Venus caprichosa,

engañosa, desdeñosa,
15

que si ayer le miró fina,

hoy le envía a pasear.

¿No es verdad, señores míos

(¿no es verdad?),

que este gusto es estragado
20

y se puede disputar?

Ninfa hay tal, que se enamora

de un Narciso presumido,

relamido, repulido,

que su talle sólo adora,
25

su peinado y su beldad.

¿No es verdad, señores míos

(¿no es verdad?),

que este gusto es estragado

y se puede disputar?
30

Para mueble de su estrado

habrá niña que prefiera

a un tronera, calavera,

que es tener por arrimado

un demonio familiar.

35

¿No es verdad, señores míos

(¿no es verdad?),

que este gusto es estragado

y se puede disputar?

Hay quien por un tonto pene,

40

y hay quien don Quijote sea

de una fea Dulcinea,

y se alaba de que tiene

delicado el paladar.

Pero oíd, señores míos,
45

escuchad,

que el gusto más estragado

es el que voy a pintar.

Seguidillas

Las hermosuras graves

y sobrehumanas
50

son buenas para vistas

y no tocadas.

Las niñas alegres,

graciosas y francas

son las que divierten
55

y llegan al alma;

que corren,

que saltan,

que ríen,

que parlan,
60

que tocan,

que bailan,

que enredan,

que cantan;

pero aquellas deidades
65

que apenas hablan,

son buenas para vistas

y no tocadas.

Quien no lo crea,

que se arrime a hacer cocos

70

a alguna seria.

Allá verá el tonto

la ganga que lleva,

y si espera gustos,

se queda por ésta.

75

Suplica,

contempla,

se pasma,

se inquieta.

la busca,
80

la estrecha,

suspira,

se eleva;

pero ella con mirarle

fruncida y tiesa,
85

le echa una jarra de agua

por la cabeza.

Canción primera

Habla un amante cansado de servir

Ciego Amor, en tus cadenas

nunca más me quiero ver,

que eres pródigo en dar pena,

muy avaro en dar placer.

De ti sólo un desengaño

5

por favor hay que esperar;

mas ya has hecho todo el daño

cuando le llegas a dar.

A tu loca fantasía

Ya no he de rendirme, no;
10

tú mandaste en mí algún día,

pero hoy mando sólo yo.

Canción segunda

Respuesta de la dama, con los mismos consonantes

Del Amor en las cadenas

nunca más te quieras ver,

que, pues te asustan las penas

poco anhelas el placer.

No acobarda un desengaño
5

a aquel que sabe esperar,

porque excede a todo el daño

el bien que le pueden dar.

Por tu loca fantasía

no dejes la empresa, no;
10

que si el Amor manda un día,

ni tú mandarás ni yo.

Letra

Para un dúo italiano, imitado de Metastasio

- I -

Este es el duro instante

de la cruel partida.

¿Cómo podré, mi vida,

vivir lejos de ti?

Otro bien no pretendo
5

que vivir ya sufriendo.

Y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

- II -

Aquel afecto tierno,

feliz en algún día,
10

sólo a ti, prenda mía,

sólo a ti le debí.

¿Dónde hallaré consuelo

que premie mi desvelo?

Y ¿quién sabe si acaso
15

te acordarás de mí?

- III -

Mientras a tu presencia

amor no me volviere,

no es fácil se modere

mi ciego frenesí.
20

Guardaré la memoria

de mi pasada gloria;

y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

- IV -

Permite que en mi pena
25

sólo un favor te pida:

que cuando me despida

no olvides quien yo fui.

No podrá la distancia

minorar mi constancia;
30

y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

Epigramas

Vendíase en almoneda la librería de un hético, y opinó el autor que a las puertas de ella se pusiese esta inscripción:

De libros un gran caudal

aquí un hético dejó.

no temáis comprarlos, no,

que no se les pegó el mal.

Casado con tres mozas en Granada

al mismo tiempo un picarón vivía,

la Justicia mandó que castigada

fuese en un burro tal poligamia.

Por las calles la plebe lastimada

preguntaba el delito, y él decía:

«Señores, me han sacado a dar doscientos...»

«¿Por qué?» «Por frecuentar los sacramentos.»

Criticase a cierto poeta que acostumbraba truncar en sus poesías el sentido de las expresiones, dividiendo entre el fin de un verso y principio del otro algunas dicciones que deben usarse siempre unidas.

Muchos dicen que, porque al

verso siguiente va con

las palabras de otro, don

Fulano pasa por mal

versista; pero aun con tal
5

error, cumple como buen

poeta, pues poniendo en

sus versos cabales las

sílabas, deja a otro más

hábil colocarlas bien.
10

A una dama que padecía una fluxión a los ojos. Redondilla compuesta de repente, con motivo de haber dicho a la señora uno de sus tertulianos que sentía mucho verla así.

Hoy tus ojos no están buenos,

y hay quien dice que lo siente;

yo no, porque, finalmente,

son dos enemigos menos.

Escribano, que inmediata

tienes tu casa a un platero,

pon en ella este letrero:

«Todos limpiamos la plata.»

A un viejo avariento

Mohamed, yo te aseguro

que en medio de estas querellas,

si nos pides cien doncellas,

nos vemos en un apuro.

Juguete, respondiendo con las mismas palabras de la pregunta.

He reñido a un hostelero.

¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

-Porque donde cuando como

sirven mal, me desespero.

Al pasar por la puerta

dijo el marido:

-O la puerta ha bajado

o yo he crecido.

Dos credos de penitencia

daba un confesor a un tuno,

y él dijo con insolencia:

-Récelos su reverencia,

que yo no sé más de uno.

5

Consagrado el cobre a Venus

le agradaba antiguamente;

hoy si no le ofrecen oro

la tal diosa a nadie atiende.

Ahogóse Ceferino,

hombre dado a la embriaguez,

en este estanque vecino;

y ésta fue la primer vez

que mezcló el agua con vino.
5

Un genovés padecía

de España en un hospital,

y un andaluz por su mal

de practicante servía.

Trájole una taza un día
5

de caldo frío, y después

de probarla el genovés:

-Oh non e caldo!, exclamaba;

y el andaluz replicaba:

-Tómale, que caldo es.
10

Sonetos

- I -

¡Fresca arboleda del jardín sombrío,

clara fuente, sonoras avecillas,

verde prado, que esmaltas las orillas

del celebrado y anchuroso río!

¡Grata aurora, que viertes el rocío
5

por entre nubes rojas y amarillas,

bello horizonte de lejanas villas,

aura blanda, que templas el estío!

¡Oh soledad!, quien puede te posea;

que yo gozara en tu apacible seno
10

el placer que otros ánimos recrea,

si tu silencio y tu retiro ameno

más viva no ofrecieran a mi idea

la imagen de la ingrata por quien peno.

- II -

Tres potencias bien empleadas en un caballerito de estos tiempos

Levántome a las mil, como quien soy.

Me lavo. Que me vengan a afeitarse.

Traigan el chocolate, y a peinar.

Un libro... Ya leí Basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy..

5

Polvos... Venga el vestido verdemar...

¿Si estará ya la misa en el altar?...

¿Han puesto la berlina? Pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...

Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
10

Pongan el tiro. Al campo, y a correr...

Ya doña Eulalia esperará por mí...

Dio la una. A cenar, y a recoger...

¿Y es éste un racional? -Dicen que sí.

- III -

Cumple el autor la palabra que dio de escribir un soneto a los ojos de Laura

¿Un soneto a tus ojos, Laura mía?

¿No hay más que hacer sonetos, y a tus ojos?

-Serán los versos duros, serán flojos;

pero a Laura mi afecto los envía.

¿Conque ha de ser soneto? ¡Hay tal porfía!

5

-¡Tal! que por estos súbitos arrojos

se ven tantos poetas en sonrojos,

que lo quiero dejar para otro día.

-Respondes, Laura, que no importa un pito

que no sea el soneto muy discreto,
10

como hable de tus ojos infinito.

-¿Sí? -Pues luego escribirle te prometo.

Allá voy... ¿Para qué, si ya está escrito,

Laura mía, a tus ojos el soneto?

- IV -

A ti me quejo, Apolo justiciero,

de que nunca en mis versos fui dichoso.

Si sátiras escribo me hago odioso,

y si elogios, me llaman lisonjero.

Soy, si escribo de burlas, chocarrero;
5

si por lo serio canto, soy un soso;

si al lauro teatral aspiro ansioso,

es mi censor cualquiera majadero.

Llevando yo al Parnaso esta querella,

respondió Apolo: «Al que profesa mi arte
10

persigue siempre esa infeliz estrella;

Pero el mejor remedio quiero darte:

Canta las gracias de tu Orminta bella;

tendrás a todo el mundo de tu parte.»

- V -

Situación crítica de un poeta

Ofréceme, tal vez, la fantasía

un concepto feliz para un soneto.

Entre escribir o no, discurro inquieto;

siento en mí, ya valor, ya cobardía.

Resuélvome a empezar; mas no querría
5

que me engañase un ímpetu indiscreto;

y teniendo a los críticos respeto,

ya se acalora el numen, ya se enfría.

Batallo en mi interior, dudo y vacilo;

me hace cosquillas, súfrolas un rato;
10

escribo un poco, párome y cavilo.

¡Qué tentación! En vano la combato.

Y al fin, ¿qué haré?-Para quedar tranquilo,

componer el soneto es más barato.

- VI -

Responde el autor a un amigo, que le instaba a que publicase algunas poesías compuestas en su juventud

Aunque es verdad que he escrito algunos miles

de versos, si no buenos, tales cuales,

líricos, amorosos, pastoriles,

satíricos, dramáticos, morales;

¿Qué han pecado mis coplas juveniles,
5

para que con trompetas y atabales,

con pregonero y sendos alguaciles

salgan por esas calles y portales?

No, Fabio; las sepulta una gaveta,

donde el sol no las ve, ni yo tampoco;
10

ni han de estamparme en pública tarjeta,

pues temo al vulgo como niño al coco.

Déjame con mi vena de poeta,

y no quieras que tenga la de loco.

- VII -

Viose un guerrero en lides y ruinas,

páganle en fama, voz que lleva el viento.

Desvelóse un autor, y está contento

sólo con ver su nombre en las esquinas.

Cede un indiano el fruto de las minas
5

por que le den de conde el tratamiento.

Surca un viajero el pérfido elemento

para decir: «Estuve en Filipinas.»

Sacrifica en palacio un cortesano

su salud, libertad, descanso y rentas,
10

sólo porque le mire el soberano.

Así yo sufro amor, celos, afrentas;

sirvo, pretendo, y tú, dueño tirano,

con sola una mirada me contentas.

- VIII -

Reconciliación después de unos celos y un desmayo

Acordarme no quiero, Orminta amada,

del desmayo en que apenas pude verte

cuando estaba la imagen de la muerte

en tu bello semblante retratada.

Olvido la sospecha mal fundada
5

que contra mí forjó la adversa suerte,

y el cargo por si débil, pero fuerte,

cuando tierna le hacías, cuando airada.

Sólo me acuerdo, sí, de aquel abrazo

en que tu gracia vi restituida,
10

y vi alargada a mi esperanza el plazo.

No quede cicatriz de tal herida;

reine la paz; y en tan estrecho lazo,

hallen muerte los celos, y yo vida.

- IX -

Metióse Amor a boticario un día,

bella Orminta, y compuso una receta

para curar a un mísero poeta

que herido de sus flechas padecía.

Mezcló la leche, el néctar, la ambrosía,
5

la azucena, la rosa y la violeta;

el metal rubio del primer planeta,

el coral y las perlas que el mar cría.

Pero salió el remedio tan ardiente

como la misma fragua de Vulcano;
10

erró el traidor la dosis ciertamente;

sobre todo de sal cargó la mano;

enconóse la herida de repente,

y no espero en mi vida verme sano.

- X -

Al ver yo mil poetas zalameros

que a sus damas llamaban serafines,

claveles, azucenas y jazmines,

diamantes, perlas, soles y luceros

al ver cómo sus versos lisonjeros
5

de nácares llenaban y carmines,

los llamaba salvajes y rocines,

los trataba de locos y embusteros.

Hoy Cupido esta burla vengar quiere

mandando que de Orminta me apasione,
10

y con las armas que yo herí me hiere.

Que hable yo igual idioma ya dispone;

mas si hay quien mi flaqueza vitupere,

Amor, haz que de Orminta se aficione.

- XI -

No hay gusto cumplido

Ni siquiera un renglón ayer he escrito,

que es para mí fortuna nunca vista;

hice por la mañana la conquista

de una graciosa ninfa a quien visito.

Entre amigos comí con apetito;

fui luego en un concierto violinista,

y me aplaudieron como buen versista

en cierto conciliábulo erudito.

Divertíme en un baile, volví en coche,

y el día se pasó como un instante.
10

¡Qué diversión tan varia, tan completa!

¡Qué vida tan feliz!... Pero esta noche

me quitó el sueño... ¿Quién? Un consonante.

¡Oh desgraciada vida de un poeta!

- XII -

La independencia

Del oro, como muchos, no dependo,

Fabio, pues ni le guardo ni codicio;

ni dependo jamás del vulgar juicio,

pues dar a luz mis obras no pretendo.

Del sexo mujeril casi no pendo,
5

pues amo por placer, no por oficio;

y aun menos de la corte y su bullicio,

pues de fingir y de adular no entiendo.

Solamente dependo de la muerte,

ya que discurso no hay ni diligencia
10

que de su despotismo nos liberte.

Mas la espero sin miedo y con paciencia,

vivo sin desearla; y de esta suerte,

amigo, se acabó la dependencia.

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días antes de su fallecimiento

Lamiendo reconoce el beneficio

el can más fiero al hombre que le halaga.

Yo, escritor, me desvelo por quien paga

o tarde, o mal, o nunca el buen servicio.

La envidia, la calumnia, el artificio,
5

cuya influencia vil todo lo estraga,

con más rabiosos dientes abren llaga

en quien abraza el literario oficio.

Así la fuerza corporal padece,

falta paciencia, el ánimo decae;
10

poca es la gloria, mucha la molestia.

El libro vive, y el autor perece.

Y ¿amar la ciencia tal provecho trae?...

Pues doy gusto a Forner, y hágame bestia.

Epístola III

Escrita en 9 de septiembre de 1777, respondiendo a un amigo que instaba al autor a que sacase a luz algunas composiciones

La carta en que el proyecto me sugieres

de dar a luz alguna obrilla mía,

que con benigno voto aprobar quieres,

llegó a mis manos, Fabio, el otro día;

cuando me levantaba cabalmente,
5

no con el entusiasmo y alegría

que en ciertos ratos un poeta siente,

sino con mal humor, melancolía,

severo enojo y tedio impertinente.

La imagen del descrédito, disgustos,
10

persecución, abatimiento y sustos,

que un miserable autor aquí tolera,

se me ofreció tan viva a la memoria,

que empecé a discurrir de esta manera:

O por el interés o por la gloria
15

los ingenios se animan. Pero, en suma,

¿qué gloria, qué interés nos da la pluma?

A la verdad que a un mero literato

las letras solas no darán un plato,

no digo de faisanes y compotas,
20

pero ni aun de sardinas o bellotas.

Si el infeliz no tiene

más facultades que las tres del alma,

ni más caudal que el de sabiduría,

beberá el agua clara de Hipocrene
25

en vez de chocolate y malvasía.

Alguna burda enjalma

será su lecho blando,

y el cordellate apreciará algún día

como el paño mejor de San Fernando.
30

Yo nunca he visto, en Dios y en mi conciencia,

las gratificaciones,

los distinguidos puestos, las pensiones

con que en este Madrid se diferencia

el que decora a Tácito y Virgilio
35

del que masca el Breviario y el concilio.

Veo, sí, con galones, mesa y coche

al que firmar su nombre sabe apenas,

mientras alguno en útiles faenas

a la luz de un candil pasa la noche,
40

rodeado de Servios y Macrobios,

Vosios, Erasmos, Grevios y Gronovios.

El menor mal del que a estudiar se inclina

es que, olvidando a Cicerón y Horacio,

logre la ocupación de una oficina
45

y en dos horas farfulle un cartapacio.

Trueque el estudio de artes y de idiomas

por aquellos científicos axiomas:

Con el fiscal, y pase a escribanía.

Pídase informe a la contaduría.

50

únase al expediente.

Examínese si hay antecedente.

Acúcese el recibo,

y entréguense los autos al archivo.

Con esto un hombre, por lo menos, pasa;

55

y si tanto le acosa el hado impío,

que, estando el siglo como está, se casa,

socorre a su viuda un montepío;

y de todas maneras, mejor dote

la dará que un poeta un tagarote.
60

Los tesoros y dádivas que acopia

Amaltea en su bella cornucopia

no alcanzan a los súbditos de Apolo;

no, con laureles se contentan sólo.

Y ¿en qué buena república hay oficio
65

que a los que le profesan no alimente

y les sirva de fondo vitalicio?

Pero el decoro pide que no rente

al escritor ni un cuarto su ejercicio.

Es arte liberal, noble tarea,
70

que ningún estipendio,

sino el de aplausos y de honor, codicia.

Bien noble y liberal es la milicia,

y no hay, con todo, general que crea

que de su profesión es vilipendio
75

acudir muy puntual por su mesada,

aunque deje al morir virgen su espada.

Ello es que en este suelo, en esta era,

la difícil carrera

de las letras humanas nada vale.
80

Por más que el sabio desprenderse quiera

del oro vil, la cuenta no le sale;

pues tanto como al necio,

de quien él suele hacer alto desprecio,

obliga a su merced la ley precisa
85

de no vivir sin pan y sin camisa;

Y la Filosofía, que abundante

se ve de ideas y pomposos nombres,

limosna pide al fin, cual vergonzante,

a la Pecunia, reina de los hombres.
90

¿No la aconsejarán que tenga juicio,

que no sea tan vana y dominante,

y que tome otro oficio

antes que se le den en el Hospicio?

Mas oigo a muchos ya, que me replican
95

que no todos los doctos son hambrientos,

pues varios hay que a trabajar se aplican

por la fama que adquieren sus talentos.

¡Fama! ¡Sonora voz, con que infinitos

se dejan engañar, creyendo existe!
100

No la hallará en su vida el que se aliste

entre los matritenses eruditos.

Lo regular será que se malquiste;

que antes que salga su obra de la prensa

ya se la estén mordiendo los malignos;
105

que le atribuyan cosas que no piensa;

que le apoden con términos indignos,

y las calumnias, réplicas, libelos

sean toda la gloria y recompensa

que creyó merecer con sus desvelos.
110

-Martirio por la patria se padece.

-Es verdad si la patria lo agradece;

no cuando premia ociosos imperitos.

Muchos e injustos son, y el alboroto

de sus confusos gritos
115

no nos deja escuchar el cuerdo voto

de este o aquel censor que hace justicia

sin lisonja, sin odio, sin malicia.

Habrá quien al oír tales lamentos

diga: ¡Qué estos señores literatos
120

siempre hayan de quejarse descontentos!

¿Pretenden, por ventura,

que en premio de sus útiles conatos

les erijan estatuas a docenas,

como lo acostumbró la antigua Atenas?

125

No siempre el siglo de un Augusto dura,

ni nacen como quiera los Mecenas.

¿Es tal de los poetas la locura,

que aún esperan, no obstante,

que en los teatros el concurso todo,

130

al escuchar sus versos, se levante

con reverente admiración, al modo

que lo hizo un día la romana gente

cuando unos de Virgilio casualmente

empezó a recitar un comediante?
135

-No, no aspiran a honor tan soberano.

Sólo piden que un pueblo que dar quiso

cinco mil pesos por un breve instante

en que salió, con superior permiso,

al circo madrileño un feo enano,
140

llevando a una gigante de la mano

y a otro lado un hombrón medio gigante;

pague una vez quinientos, a lo menos,

por la edición de un par de libros buenos.

Buenos digo, pues malos ya los paga,
145

y a fe que hay de éstos una egipcia plaga,

mientras que yacen en olvido injusto

algunos pocos que dictó el buen gusto.

Antes de mucho, en las confiterías

nos han de envolver chochos,
150

o en las botillerías

han de cubrir los cestos de bizcochos

con prosa de Saavedra y de Moncada.

No ha de haber droguería ni botica

en que toda vasija, grande o chica,
155

no se guarde tapada

con hoja en que esté impreso

El dulce lamentar de dos pastores.

Así se animarán nuevos autores

a imprimir obras que vender al peso.
160

Pero tú me dirás: Enhorabuena,

no escribas por codicia pecuniaria,

ni tampoco te dé la menor pena

esa maledicencia literaria

que todo, sin examen, lo condena.
165

Escribe por el póstumo renombre

que tendrás en los siglos venideros,

trabaja sin aplausos ni dineros;

que un día, al fin, te llamarán grande hombre.

Pero, Fabio, ese fruto
170

¿quién le ha de recoger? ¿Mi calavera?

Y aunque pague honorífico tributo

a mis cenizas la nación entera.

¿Es éste, por ventura, un lenitivo

de los males que paso mientras vivo?
175

Pregúntale a Cervantes qué provecho

hoy goza como autor de Don Quijote.

Si está muy satisfecho

de que, celosa, una Academia vote

que aquella famosísima novela
180

se imprima por Ibarra en papel fino

y la encuaderne Sancha en tafílete;

y si esto le consuela

de haber sufrido un mísero destino,

de haber muerto el pobrete
185

acosado de críticas sangrientas

con que dieron sobre él plumas e imprentas.

Esas glorias tardías

(aun cuando a merecerlas yo llegara)

las trueco todas por pasar mis días
190

sin que ninguno me eche nada en cara

ni me aflijan satíricas porfías.

El único partido y el más justo,

es renunciar al literario gremio;

no escribir ya por ambición de premio,
195

no por gloria presente ni futura,

sino por diversión, por mero gusto

y evitando la pública censura.

Desde hoy, sin que la envidia me haga mella,

la vida pasaré quieta y segura.
200

Desde hoy (pues a la actual literatura

domina aquí tan azarosa estrella)

he de olvidarla, aunque me llamen loco.

Ella en perderme perderá bien poco,

yo pierdo menos en perderla a ella.
205

De esta manera, Fabio, yo soltaba

la rienda a mis funestos pensamientos,

lastimado de ver cuanto se agrava

el mal de la ignorancia por momentos.

No pude contenerme, y al instante
210

un gran montón de libros que tenía

sobre mi mesa, trasladé al estante,

donde gocen perpetuas vacaciones

entre arañas polillas y ratones.

A la mano dejé sólo una Guía
215

de Forasteros, que me avise el día

en que obligado vivo

a revolver legajos de un archivo,

de cuya ocupación más fruto saco

que de ser traductor de Horacio Flaco.
220

Luego, bajo de llave, a una gaveta

ciertas obrillas mías encomiendo,

de aquel tiempo en que estaba yo creyendo

que no era desatino ser poeta.

Y al sepultarlas en eterno olvido,

225

las pongo esta inscripción: TIEMPO PERDIDO.

Rasgo después tu carta, porque acaso

los consejos que en ella me has escrito

sobre que me entrometa en el Parnaso,

no me abran algún día el apetito
230

de hacer sudar, con bien inútil pena,

a los prensistas de mi amigo Mena.

Con tal resolución quedé tranquilo.

Salí de los trabajos de estudiante,

y así, de aquí adelante
235

dormiré bien y criaré buen quilo,

templaré la acrimonia de la bilis,

dejaré ya que cante

el divino Marón a su Amarilis,

a su Dido, a sus Eneas y a su Turno.
240

No me he de hablar ya más con Robortelo

Muratori, Escalígero y Minturno,

que el arte enseñan del señor de Delo;

y perderé una mano

si más tocare el forro a Quintiliano.
245

A bien que nada de esto es ya preciso

para hacer mi papel en esta villa.

Yo me engalanaré como un Narciso,

y por dos cuartos tomaré una silla

del paseo del Prado,
250

desde donde podré muy descansado,

sin abrir libro que me dé jaqueca,

sentencia pronunciar definitiva

contra lo que otro escriba

revolviendo la Regia Biblioteca.
255

De nuestros comediantes de ambos sexos

aprenderé la lista de memoria,

y aunque digan dislates inconexos,

que hilvanó a toda prisa un mal poeta,

nadie me ganará la palmatoria
260

en frecuentar los palcos y luneta.

Allí desde hoy con cara de baqueta

oiré, sin tomarme pesadumbres

la desvergüenza pública y notoria

de la escuela (que llaman) de costumbres,
265

en el siglo (que llaman) ilustrado,

y en una capital de un grande Estado.

No perderé convite ni bureo;

sabré muy por menor cuándo el paseo

de Atocha a San Isidro se transfiere,
270

cuándo el Retiro al río se prefiere,

cuándo toca al Canal su temporada,

cuándo es a las Delicias la jornada.

No faltaré en café, toros ni ferias,

ni en la Puerta del Sol habrá corrillo
275

o tienda en que no logre yo cabida.

Iré a tertulias donde las materias

más importantes sean el tresillo,

el mal tiempo, del prójimo la vida,

los talcos y las borlas del peinado;
280

y en fin, seré un ocioso consumado.

Así me llamarán jovial, sociable,

útil, hábil, político y amable.

Ahora, Fabio, dime si esta fama

llegaré a conseguir, y este sosiego,
285

después que, avergonzado de ser lego,

muchas horas de cama

hurte para leer cualquier librote

de algún comentador desaforado,

o rascarme la frente y el cogote
290

buscando consonante a California,

y el verso que me salga mal forjado

treinta veces volver a la bigornia,

como lo dijo Horacio en un tratado

que no construye todo licenciado.
295

Tú, en fin, aprobarás que yo me exima

de trabajar sin especial influjo

en lo que mucho cuesta y no se estima.

Mi tal cual numen se metió cartujo;

que esta literatura desanima,
300

persigue, cansa, abate y atropella,

y mi primer dictamen no revoco.

Ella en perderme perderá bien poco,

yo pierdo menos en perderla a ella.

Poesías varias

Definición del mal que llaman esplín

(en inglés «spleen»)

Es el esplín, señora, una dolencia

que de Inglaterra dicen que nos vino.

Es mal humor, manía, displicencia,

es amar la aflicción, perder el tino,

aborrecer un hombre su existencia,
5

renegar de su genio y su destino,

y es, en fin, para hablarte sin rodeo,

aquello que me da si no te veo.

Silva

No bien nace la aurora ,

cuando mis amorosas inquietudes,

que en siglos me convierten cada hora,

para sufrir de nuevo ingraticudes

me hacen dejar el lecho que aborrezco.
5

Desde entonces al mal de que adolezco

mi triste fantasía,

cansada de buscar otros alivios,

uno sólo procura,

cuando a exclamar me obliga: «¿Por ventura

10

éste que hoy amanece será el día

que la tormenta trocará en bonanza?

¿No querrán todavía

aquellos ojos que me miran tibios

animar mi perdida confianza?»

15

Así busco a mi pena algún consuelo

mientras el sol prosigue su carrera;

pero después que de la noche el velo

las tierras ha enlutado,

si examino mi estado,
20

tan infelice soy como antes era.

¡Ah, beldad hechicera!

dulce transformadora

de mi genio, costumbres, diversiones,

tareas, complexión, inclinaciones.
25

Mi corazón, de que hoy eres señora,

sólo al amor por ti ya se dedica,

y sus pasiones todas sacrifica.

Permite que me acuerde

de cuando yo solía,
30

de pesares ajeno,

ya reclinado sobre el césped verde

que en sus orillas Manzanares cría,

ya en el retiro ameno

del soto, cuya entrada el sol ignora,
35

con lira, a la verdad, poco sonora,

cantar mis pobres versos, inspirados

de musa no discreta,

pero fácil, alegre y sin cuidados...

¡Quién pudiera decir lo mismo ahora!
40

-He renunciado el lauro de poeta,

que sólo mereciera si mis rimas

a los remotos climas

pudiesen extender tu nombre y gloria.

Reina, reina tú sola en mi memoria,
45

aunque las nueve Musas ya se olviden

por las tres Gracias, que hoy en ti residen.

Acuérdome también de que algún día

el placer de la música armonía

ejerció en mis potencias tal imperio
50

y eficacia tan rara,

que, rendido a su grato cautiverio,

tal vez el arco con que toca Apolo

preferí al arco con que Amor dispara.

Mas ya ni un tono solo
55

forma en las roncadas cuerdas

el tardo impulso de las flojas cerdas,

que en lo tierno y quejoso de su acento

no exprese tu rigor y mi tormento.

Propensión me debía
60

en otro tiempo de la esgrima el arte,

sirviéndome de guía

prudentes leyes del astuto juego,

con que adestraba Marte

de la edad juvenil el brío ciego.
65

Hoy la amada costumbre

de empuñar el acero olvidaría,

si para merecer la recompensa

de mi fiel servidumbre,

emplearle no logro en tu defensa.

70

¿Qué ha sido de aquel tiempo delicioso

en que jamás la danza divertida

a la tristeza permitió cabida

para turbar el plácido reposo

de este pecho, que dudo ya si es mío?

75

¿No era yo el que en estrados,

donde cien hermosuras,

sus gracias ostentando y su atavío,

los sentidos dejaban encantados,

conté por la mayor de mis venturas
80

que me hallase bailando sin desmayo

de la aurora siguiente el primer rayo?

Mas ya no hay para mí recreo alguno

que sin ti pueda serlo. ¡Oh, si quisiera

el destino importuno
85

que, más benigna por un breve instante,

una mirada tuya resarciera

los tranquilos placeres que a tu amante

en tiempo más dichoso han ofrecido

música, poesía, esgrima y danza!
90

Duélete, pues, al ver cuál se eterniza

con tan vano deseo su esperanza;

contempla qué pasión le martiriza;

mira los bienes que por ti ha perdido,

y luego di si es digno de tu olvido.

95

Romance

En que se describe un ridículo baile casero

Cierta dama, en cierta calle,

cierto día, a cierta hora,

da cierto baile, que tiene

cierto aire de sinagoga.

En cierto empeño me veo

5

de pintarle en ciertas coplas,

que ayer, en cierta tertulia,

pidieron ciertas personas.

Yo no les sabré decir

si aquel es café, si es fonda,
10

si es feria de algún lugar,

si es Ginebra o Babilonia.

En año de carestía

la reja de una tahona,

y en vísperas de Difuntos
15

la puerta de una parroquia,

el patio de la comedia

al dar palmadas de moda,

y plaza de toros cuando

piden perros diez mil bocas.
20

Todo es una niñería,

comparado con la broma

de la que empezó academia

y ha acabado trapisonda.

La casa en que se celebra
25

tan solemne batahola

se ha de ganar cuesta arriba,

como se gana la gloria;

su escala es la de Jacob,

y en sus tramos, las señoras,
30

si no han merendado abajo,

tienen flatos y congojas.

Ni la Giralda en Sevilla,

ni el Acueducto en Segovia,

ni en San Lorenzo el cimborrio,
35

tanto al cielo se remontan.

Más valdrá que en adelante

con una garrucha y soga

desde la calle al balcón

suba la gente en tramoya.
40

Arriba hallará una sala

blanca como una paloma,

sin cuadro, espejo ni mesa,

araña, estera ni alfombra.

Cada silla es de un color,
45

y todas ellas bien pocas;

dichoso quien por asiento

un palmo de suelo logra.

Primero que a encender lleguen

luces en las cornucopias,
50

se tropezarán las gentes

como fantasmas o sombras.

Yo dije al entrar allí:

«¿Es ésta casa mortuoria,

bóveda de San Ginés,
55

cuarto de enfermo o mazmorra?»

Pero al empezar el baile

fui distinguiendo las cofias

de los sombreros de pluma,

y las pencas de las bolsas.
60

Este baile, del refresco

ha desterrado la moda;

que en él sujetan a dieta

al que mejor salud goza.

De andaluces y andaluzas
65

vi una grey tan numerosa,

que dudé si estaba en Cádiz

en medio de la Recoba.

Oí zalameras voces

de veinte damas ceceosas,
70

laz unaz ya muy gayinaz,

y laz otras aun muy poyaz.

Allí condes y marqueses

vi con gentes de otra estofa,

y personas conocidas
75

con incógnitas personas.

Una dama se excusó

de asistir, diciendo pronta:

«Yo no gusto de ensalada,

salpicón ni pepitoria.»
80

En seis varas de terreno

quince parejas se ahogan,

por una que no es figura,

sino enigma o paradoja.

En la fila de los hombres
85

se colocan las señoras,

y ellos bailan, sin saber

qué compañera les toca.

Las cruces eran calvarios,

las cadenas eran sogas,

90

los paseos eran viajes,

las ruedas eran de noria.

La música, de italiana

sólo tenía una cosa,

que es el ser hijo de Italia
95

el que de ella hizo la costa.

Mas aunque dos contrabajos,

con diez violines, dos violas,

oboes, flautas y clarines,

timbales, cajas y trompas
100

trajese el lindo del Conde,

la música fuera sorda,

pues allí la confundieran

voces ya agudas, ya broncas.

Entre las recias patadas
105

contra el compás de la solfa,

sólo se escuchaban quejas

de vueltas y blondas rotas.

Y en fin, con tal pisoteo,

se tuvieron por dichosas
110

las damas que entrando allí

lograron no salir cojas.

Como el poeta se quedó en blanco

Una mañana de agosto,

a su balcón asomada,

un cuenco de fresca leche

la bella Anarda tomaba.

El cuenco era blanca china,
5

blanca plata la cuchara,

carne muy blanca la mano,

la leche casi tan blanca.

Quedé, con tanta blancura,

más deslumbrado que estaba,
10

porque hasta el traje la niña

llevaba de blanca holanda.

Estábamela mirando;

en esto volvió la espalda,

y más blanco que un papel
15

me dejó la blanca Anarda.

- II -

Cuando la tierra fría

dé hospedaje a mi cuerpo,

¿qué servirá que deje

acá renombre eterno,

que me erija un amigo

sepulcral monumento,

que me escriba la vida,

que publique mis versos,

que damas y galanes,

niños, mozos y viejos

me lean, y me lloren

mis parientes y afectos?

Esta fama, esta gloria,

a que aspiran mil necios,

no me da, mientras vivo,

vanidad ni consuelo.

No quiero yo otra fama,

otra gloria no quiero,

sino que se oiga en boca

de niños, mozos, viejos,

de damas y galanes,

de parientes y afectos:

«Este hombre quiso a Laura,

y Laura es quien le ha muerto.»

- III -

Algún día, Lisarda,

tuve, si bien me acuerdo,

cinco sentidos míos;

mas ya ninguno encuentro.

Los gustos que solía

recibir yo por ellos,

ni me parecen gustos,

ni aun creo que los siento.

Cinco eran bien cabales.

Responde: ¿Qué se han hecho?

Tú me los has robado;

oye de qué lo infiero.

A mi vista agradables

eran en otro tiempo

lo frondoso de un bosque,

lo florido de un huerto,

la hermosa perspectiva

de los azules cerros,

las fértiles llanuras

y el estrellado cielo.

No es ya para mis ojos

deleite nada de esto,

que sólo se deleitan

en ver los de su dueño.

¡Cuántas veces colmaron

mi oído de contento

con alternadas glosas,

con trinos y gorjeos,

al perenne susurro
de un arroyuelo inquieto,
entre las altas ramas,
los músicos jilgueros!
Mas ya, Lisarda mía,
sólo a tu voz atiendo,
cuando con una gracia,
cuando con un acento
que en el alma se interna,
que excita mil afectos,
dejas en mí indeleble
la impresión de tus ecos.

Delicias del olfato
en algún tiempo fueron
el jazmín y la rosa,
el florido romero.

Ya el olor de las flores
no me causa recreo,
cuando no huelo aquellas
que adornaron tu seno,
aquellas que tú misma
con semblante halagüeño
permities que a mi mano
pasen desde tu pecho.

Regalábase el gusto
bajo un parral espeso,
con el fruto pendiente
de los verdes sarmientos.

Ya en verano saciaba
el paladar su anhelo
con la fresa cogida
del húmedo terreno,

o ya le recreaba

en el rígido invierno

el jugo que las uvas

sazonadas rindieron.

Ningún manjar sabroso

hoy, Lisarda, apetezco,

sino aquellas finezas

que de tu mano obtengo.

Ni el licor que da Baco

ya con deleite pruebo

sino en el mismo vidrio

en que tu labio has puesto.

En fin, Lisarda hermosa,

por que veas si es cierto

que ni un sentido sano

has dejado en mi cuerpo,

ya mi tacto, que nunca

fue embotado ni lento,

para tu sexo todo

insensible se ha vuelto.

Sólo cuando tu mano

con los hoyosos dedos...

Mas ¿qué digo? Perdona,

que me engañó el deseo.

- IV -

La ocasión de obsequiarte divisé

muy lejos; bien digo yo que nunca

tuve en amor acierto. Caérsete,

señora, el abanico al suelo; hallarse

uno bien cerca, y echarse a tus pies

luego; levantarle y ponerle con

gozo y rendimiento en esas bellas

manos, valiendo algo el pretexto, es

dicha para alguno que en amor

tenga acierto; no para mi que en

todo fatal suerte padezco, pues ni

estuve tan cerca, ni me eché a tus

pies luego, ni alzar el abanico

permitted el breve tiempo, ni le puse

en tus manos, ni me valió el

pretexto. Bien digo yo que nunca

tuve en amor acierto.

Para que mi alma sane de la herida
que en ella hizo el traidor Cupido
con penetrante flecha,
tú, que mi amor no entiendes,
me recetas la ausencia,
y el cómo he de ausentarme
es lo que no recetas.

Yo, que hallar no confío
alivio en mi dolencia,
temo que mi tormento
más con la ausencia crezca.

¿Iré acaso a una quinta,
iré a una bella aldea,
en que ostente sus dones
la fresca primavera?

Sí; pero allí los valles,

los huertos, las riberas,

los prados, los arroyos

y las frondosas vegas

serán fieles testigos

de mil raras tristezas,

unas que llevo, y otras

que, si allá voy, me esperan.

En la arena del río,

en las verdes cortezas

escribiré aquel nombre

que hoy olvidar quisiera;

repitiéndole siempre

el eco de las selvas,

hará que mi tormento

más con la ausencia crezca.

Querrás que me acompañen

libros de ingenio y ciencia,

que en el discurso alivien

lo que el corazón pena.

Sí; pero nada es fácil

que yo, infelice, lea

sino amorosos versos

de algún tierno poeta;

y entonces los cariños,

las dulzuras, las quejas

harán que mi tormento

más con la ausencia crezca.

¿Recurriré al deleite

que en sonoras cadencias

la música divina

al oído franquea?

Sí; pero en cada acento
que despidan las cuerdas
se oirá el llanto mío,
que ablandará las piedras,
y los pausados tonos
de la armonía tierna
harán que mi tormento
más con la ausencia crezca.

Ausencia es un castigo
a que Amor nos condena;
si amor me le enviare,
en hora buena venga;
mas no quiero yo mismo
imponerme esta pena
para que mi tormento
más con la ausencia crezca

- VI -

Con motivo de otra que un poeta había escrito a una dama muy aficionada a dos pájaros canarios.

Las inocentes aves

que halagas y sustentas,

cuantos cariños logran,

tantos celos despiertan.

Islas Afortunadas

llaman la patria de ellas,

y tú las haces dignas

del nombre de su tierra.

No es mucho que un amante

que sabe, hermosa Celia,

lo que valen tus gracias

Y tus caricias tiernas,

envidie los favores

que tan ingrata niegas

a quien más los merece

porque más los aprecia.

No es mucho si otras aves

que la fama celebra

quisieran ser canarios

sólo por ser de Celia.

Aquel hermoso cisne

bajo cuya apariencia

Júpiter mismo quiso

enamorar a Leda;

las palomas que a Venus

por los aires pasean,

desde Amatunte a Pafos,

desde Chipre a Citera;

el águila que a Jove

el sacro rayo lleva,
y el pavón a quien Juno
honra con preferencia,
lo renunciaran todo
por gozar tus finezas;
que en deleite ganaran
Y en honor no perdieran.

Crezcan tus pajarillos,
y su música exceda
a la música varia
de suave Filomena.

Lo que en amor te deben,
lo que en halago y fiestas,
te paguen en aplausos
de sonora cadencia.

Paguen, sí, como suelen

los sensibles poetas,

en acentos de Apolo

de Cupido las deudas.

Mas ¡ay, que el canto ronco

de mi musa, no diestra,

en vano a sus gorjeos

hoy compararse intenta!

Ellos sí que merecen

que afable los atiendas;

ellos, y el cantor dulce

que envidió tus ternezas.

Paréceme que escucho

de su lira en las cuerdas

imitados los ecos

del verso, en que pondera

el latino Catulo

las gracias y excelencias

del pájaro pulido

delicias de su Lesbia.

Un poeta elegante

Celia obtuvo como ella,

y aunque a sus dos canarios

él tanta envidia tenga,

yo mucho más le envidio

la dichosa licencia

de ser nuevo Catulo

de aquesta Lesbia nueva.

Anacreónica a la primavera

Mira cómo los campos

se visten de verdor,
el árbol brota tallos,
el diestro ruseñor
con caprichoso canto
alegra al labrador
que hace fértil el suelo
a costa de sudor.

Éste, Silvia, es el tiempo,
el tiempo del amor.

No temen los arroyos
que del hielo el rigor
aprisione su curso
ni le agote el calor.

La mariposa el jugo
exprime de la flor,
la abeja con anhelo

se aplica a su labor.

Éste, Silvia, es el tiempo,

el tiempo del amor.

Saluda al verde Mayo

el festivo pastor,

que sus hatos al campo

saca desde el albor,

mira con regocijo

pacer al balador

carnero, al bravo toro

y al chivo trepador.

Éste, Silvia, es el tiempo,

el tiempo del amor.

Letras para música
La primavera
Tonadilla pastoril

Ya alegra las campiñas

la fresca primavera;

el bosque y la pradera

renuevan su verdor.

Con silbo de las ramas

los árboles vecinos

acompañan los trinos

del dulce ruiseñor.

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.

Escucha cuál susurra

el arroyuelo manso;

al sueño y al descanso

convida su rumor.

¡Qué amena está la orilla!

¡Qué clara la corriente!

¿Cuándo exhaló el ambiente

más delicioso olor?

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.

Más bella y más temprana

alumbra ya la aurora;

el sol los campos dora

con otro resplandor.

Desnúdanse los montes

del duro y triste hielo,

y vístese ya el cielo

de más vario color.

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.

Las aves se enamoran,

los peces, los ganados,

y aun se aman enlazados

el árbol y la flor.

Naturaleza toda,

cobrando nueva vida,

aplaude la venida

de Mayo bienhechor.

Éste es el tiempo, Silvio,

el tiempo del amor.

Recitado

Amarilis hermosa así cantaba

en lo más retirado

de una selva sombría.

Silvio, que la escuchaba

fino y alborozado,

de esta suerte a sus ecos respondía.

No, no creas, mi pastora,

que en la suave primavera

mi ternura verdadera

pueda acaso ser mayor.

Para mí, que te idolatro,

siempre es tiempo del amor.

Cuando todo lo destruye

el invierno proceloso,

cuando el cielo tenebroso

en la tierra infunde horror,

para mí, que firme adoro,

es el tiempo del amor.

La estación serena y bella

que la fruta da y sazona,

y de pámpano corona

al feliz vendimiador,

para mí, que por ti vivo,

es el tiempo del amor.

Cuando con las verdes plantas,

ya sedientas del rocío,

su rigor usa el estío,

con las mieses su favor,

para mí, que por ti muero,

es el tiempo del amor.

Seguidillas

Amarilis y Silvio,

¡qué de envidiosos

hoy quisieran amarse

como vosotros!

Caprichos, celos,

sustos, desvelos,

riñas, mudanzas,

desconfianzas,

ficción y enojos,

son el amor de moda

que gozan otros.

Vivid felices,

y feliz también sea

quien os imite.

Paz y alegría,

fiel simpatía,

quietud segura,

gusto y lisura,

amistad firme,

bienes son que otros buscan

y no consiguen.

El lorito
Tonadilla

Introducción

Yo, señores,

algún día

me reía

del amor,

de los hombres

me burlaba,

y gastaba

buen humor.

Un lorito

que tenía

merecía

mi afición,

y en cuidarle

y halagarle

sólo hallaba

diversión.

Pero tuvo el pobre loro

un galán competidor,

que envidioso se empeñaba

en robarle mi favor.

Logré un día la fortuna

de llegar en ocasión

que el amante a mi lorito

le cantaba esta canción.

Mas ¡con qué alma, con qué chiste!

(Queriditos, atención),

que el amante a mi lorito

le cantaba esta canción.

Canzoneta

Ya que tu feliz estrella

de humana voz te dotó,

y ya que te envidio yo

el hablar con tu ama bella,

loro, loro,

dila, dila que la adoro.

Cuando en su brazo te posas,

cuando la pluma te sienta,

y buscando el piojo, tienta

con sus manos cariñosas,

loro, loro,

dila, dila que la adoro.

Con tu mal mi mal conviene,

gracias al vendado dios;

que ella es dueño de los dos,

y a los dos presos nos tiene.

Loro, loro,

dila, dila que la adoro.

Desde aquel mismo instante

(confieso mi flaqueza)

yo no sé qué tristeza

me entró en el corazón.

Tan distraída andaba,

que al lorito querido

no daba, por olvido,

ni almuerzo ni lección.

Ya de la jaula

no lo sacaba;

ya la patita

no le pedía;

cuando él me hablaba,

no respondía

(¡caso bien raro!);

me parecía

que se explicaba

mucho más claro,

más expedito

el señorito

de la canción.

Él es ya el dueño

de mi albedrío,

que todo el ceño,

todo el desvío

poco duró,

y el señor mío

logró su empeño,

que al pobre loro

le desbancó.

¡Qué fortuna, qué mudanza!

Oigan todos (¡atención!).

Si el amor toma venganza

de quien ama lo que yo.

Seguidillas

Cuando está un pecho esquivo

más descuidado,

Capadillo le arroja

mejor flechazo.

¡Ah!... ¡Ah... que aquí le siento!

¡Oh!... ¡Oh... buen escarmiento

para la incauta niña

que tierna se encariña

con un perrito,

con un lorito,

con un monito

o un pajarito!...

¡Pobre inocente!

Ya verá que no es esto

lo que amor quiere.

Porque es seguro

que el amor siempre clama

por lo que es suyo.

¡Ah!... ¡Ah... que aquí le siento!

¡Oh!... ¡Oh... buen escarmiento, etc.

Los gustos estragados
Tonadilla

Sobre gustos no hay disputa,
dice un adagio vulgar;
pero hay gustos estragados,
y los quiero disputar.

Por ejemplo

(¡Chito, chito!)

Con licencia

del refrán,

perdonadme

la insolencia,

si es delito

criticar.

Hay Adonis que se inclina
a una Venus caprichosa,
engañosa, desdeñosa,

que si ayer le miró fina,

hoy le envía a pasear.

¿No es verdad, señores míos

(¿no es verdad?),

que este gusto es estragado

y se puede disputar?

Ninfa hay tal, que se enamora

de un Narciso presumido,

relamido, repulido,

que su talle sólo adora,

su peinado y su beldad.

¿No es verdad, señores míos

(¿no es verdad?),

que este gusto es estragado

y se puede disputar?

Para mueble de su estrado

habrá niña que prefiera

a un tronera, calavera,

que es tener por arrimado

un demonio familiar.

¿No es verdad, señores míos

(¿no es verdad?),

que este gusto es estragado

y se puede disputar?

Hay quien por un tonto pene,

y hay quien don Quijote sea

de una fea Dulcinea,

y se alaba de que tiene

delicado el paladar.

Pero oíd, señores míos,

escuchad,

que el gusto más estragado

es el que voy a pintar.

Seguidillas

Las hermosuras graves

y sobrehumanas

son buenas para vistas

y no tocadas.

Las niñas alegres,

graciosas y francas

son las que divierten

y llegan al alma;

que corren,

que saltan,

que ríen,

que parlan,

que tocan,

que bailan,

que enredan,

que cantan;

pero aquellas deidades

que apenas hablan,

son buenas para vistas

y no tocadas.

Quien no lo crea,

que se arrime a hacer cocos

a alguna seria.

Allá verá el tonto

la ganga que lleva,

y si espera gustos,

se queda por ésta.

Suplica,

contempla,

se pasma,

se inquieta.

la busca,

la estrecha,

suspira,

se eleva;

pero ella con mirarle

fruncida y tiesa,

le echa una jarra de agua

por la cabeza.

Canción primera

Habla un amante cansado de servir

Ciego Amor, en tus cadenas

nunca más me quiero ver,

que eres pródigo en dar pena,

muy avaro en dar placer.

De ti sólo un desengaño

por favor hay que esperar;

mas ya has hecho todo el daño

cuando le llegas a dar.

A tu loca fantasía

Ya no he de rendirme, no;

tú mandaste en mí algún día,

pero hoy mando sólo yo.

Canción segunda

Respuesta de la dama, con los mismos consonantes

Del Amor en las cadenas

nunca más te quieras ver,

que, pues te asustan las penas

poco anhelas el placer.

No acobarda un desengaño

a aquel que sabe esperar,
porque excede a todo el daño
el bien que le pueden dar.

Por tu loca fantasía
no dejes la empresa, no;
que si el Amor manda un día,
ni tú mandarás ni yo.

Letra
Para un dúo italiano, imitado de Metastasio

- I -

Este es el duro instante
de la cruel partida.
¿Cómo podré, mi vida,
vivir lejos de ti?

Otro bien no pretendo
que vivir ya sufriendo.

Y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

- II -

Aquel afecto tierno,

feliz en algún día,

sólo a ti, prenda mía,

sólo a ti le debí.

¿Dónde hallaré consuelo

que premie mi desvelo?

Y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

- III -

Mientras a tu presencia

amor no me volviere,

no es fácil se modere

mi ciego frenesí.

Guardaré la memoria

de mi pasada gloria;

y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

- IV -

Permite que en mi pena

sólo un favor te pida:

que cuando me despida

no olvides quien yo fui.

No podrá la distancia

minorar mi constancia;

y ¿quién sabe si acaso

te acordarás de mí?

Epigramas

Vendíase en almoneda la librería de un hético, y opinó el autor que a las puertas de ella se pusiese esta inscripción:

De libros un gran caudal

aquí un hético dejó.

no temáis comprarlos, no,

que no se les pegó el mal.

Casado con tres mozas en Granada

al mismo tiempo un picarón vivía,

la Justicia mandó que castigada

fuese en un burro tal poligamia.

Por las calles la plebe lastimada

preguntaba el delito, y él decía:

«Señores, me han sacado a dar doscientos...»

«¿Por qué?» «Por frecuentar los sacramentos.»

Critícase a cierto poeta que acostumbraba truncar en sus poesías el sentido de las expresiones, dividiendo entre el fin de un verso y principio del otro algunas dicciones que deben usarse siempre unidas.

Muchos dicen que, porque al
verso siguiente va con
las palabras de otro, don
Fulano pasa por mal
versista; pero aun con tal
error, cumple como buen
poeta, pues poniendo en
sus versos cabales las
sílabas, deja a otro más
hábil colocarlas bien.

A una dama que padecía una fluxión a los ojos. Redondilla compuesta de repente, con motivo de haber dicho a la señora uno de sus tertulianos que sentía mucho verla así.

Hoy tus ojos no están buenos,

y hay quien dice que lo siente;

yo no, porque, finalmente,

son dos enemigos menos.

Escribano, que inmediata

tienes tu casa a un platero,

pon en ella este letrero:

«Todos limpiamos la plata.»

A un viejo avariento

Mohamed, yo te aseguro
que en medio de estas querellas,
si nos pides cien doncellas,
nos vemos en un apuro.

Juguete, respondiendo con las mismas palabras de la pregunta.

He reñido a un hostelero.

¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

-Porque donde cuando como

sirven mal, me desespero.

Al pasar por la puerta

dijo el marido:

-O la puerta ha bajado

o yo he crecido.

Dos credos de penitencia

daba un confesor a un tuno,

y él dijo con insolencia:

-Récelos su reverencia,

que yo no sé más de uno.

Consagrado el cobre a Venus

le agradaba antiguamente;

hoy si no le ofrecen oro

la tal diosa a nadie atiende.

Ahogóse Ceferino,
hombre dado a la embriaguez,
en este estanque vecino;
y ésta fue la primer vez
que mezcló el agua con vino.

Un genovés padecía
de España en un hospital,
y un andaluz por su mal
de practicante servía.
Trájole una taza un día
de caldo frío, y después

de probarla el genovés:

-Oh non e caldo!, exclamaba;

y el andaluz replicaba:

-Tómale, que caldo es.

Sonetos

- I -

¡Fresca arboleda del jardín sombrío,

clara fuente, sonoras avecillas,

verde prado, que esmaltas las orillas

del celebrado y anchuroso río!

¡Grata aurora, que viertes el rocío

por entre nubes rojas y amarillas,

bello horizonte de lejanas villas,

aura blanda, que templas el estío!

¡Oh soledad!, quien puede te posea;

que yo gozara en tu apacible seno

el placer que otros ánimos recrea,

si tu silencio y tu retiro ameno

más viva no ofrecieran a mi idea

la imagen de la ingrata por quien peno.

- II -

Tres potencias bien empleadas en un caballerito de estos tiempos

Levántome a las mil, como quien soy.

Me lavo. Que me vengan a afeitarse.

Traigan el chocolate, y a peinar.

Un libro... Ya leí Basta por hoy.

Si me buscan, que digan que no estoy..

Polvos... Venga el vestido verdemar...

¿Si estará ya la misa en el altar?...

¿Han puesto la berlina? Pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...

Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...

Pongan el tiro. Al campo, y a correr...

Ya doña Eulalia esperará por mí...

Dio la una. A cenar, y a recoger...

¿Y es éste un racional? -Dicen que sí.

- III -

Cumple el autor la palabra que dio de escribir un soneto a los ojos de Laura

¿Un soneto a tus ojos, Laura mía?

¿No hay más que hacer sonetos, y a tus ojos?

-Serán los versos duros, serán flojos;

pero a Laura mi afecto los envía.

¿Conque ha de ser soneto? ¡Hay tal porfía!

-¡Tal! que por estos súbitos arrojos

se ven tantos poetas en sonrojos,

que lo quiero dejar para otro día.

-Respondes, Laura, que no importa un pito

que no sea el soneto muy discreto,

como hable de tus ojos infinito.

-¿Sí? -Pues luego escribirle te prometo.

Allá voy... ¿Para qué, si ya está escrito,

Laura mía, a tus ojos el soneto?

- IV -

A ti me quejo, Apolo justiciero,

de que nunca en mis versos fui dichoso.

Si sátiras escribo me hago odioso,

y si elogios, me llaman lisonjero.

Soy, si escribo de burlas, chocarrero;

si por lo serio canto, soy un soso;

si al lauro teatral aspiro ansioso,

es mi censor cualquiera majadero.

Llevando yo al Parnaso esta querella,

respondió Apolo: «Al que profesa mi arte

persigue siempre esa infeliz estrella;

Pero el mejor remedio quiero darte:

Canta las gracias de tu Orminta bella;

tendrás a todo el mundo de tu parte.»

- V -

Situación crítica de un poeta

Ofréceme, tal vez, la fantasía

un concepto feliz para un soneto.

Entre escribir o no, discurro inquieto;

siento en mí, ya valor, ya cobardía.

Resuélvome a empezar; mas no querría

que me engañase un ímpetu indiscreto;

y teniendo a los críticos respeto,

ya se acalora el numen, ya se enfría.

Batallo en mi interior, dudo y vacilo;

me hace cosquillas, súfrolas un rato;

escribo un poco, párome y cavilo.

¡Qué tentación! En vano la combato.

Y al fin, ¿qué haré?-Para quedar tranquilo,

componer el soneto es más barato.

- VI -

Responde el autor a un amigo, que le instaba a que publicase algunas poesías compuestas en su juventud

Aunque es verdad que he escrito algunos miles

de versos, si no buenos, tales cuales,

líricos, amorosos, pastoriles,

satíricos, dramáticos, morales;

¿Qué han pecado mis coplas juveniles,

para que con trompetas y atabales,

con pregonero y sendos alguaciles

salgan por esas calles y portales?

No, Fabio; las sepulta una gaveta,

donde el sol no las ve, ni yo tampoco;

ni han de estamparme en pública tarjeta,

pues temo al vulgo como niño al coco.

Déjame con mi vena de poeta,

y no quieras que tenga la de loco.

- VII -

Viose un guerrero en lides y ruinas,

páganle en fama, voz que lleva el viento.

Desvelóse un autor, y está contento

sólo con ver su nombre en las esquinas.

Cede un indiano el fruto de las minas

por que le den de conde el tratamiento.

Surca un viajero el pérfido elemento

para decir: «Estuve en Filipinas.»

Sacrifica en palacio un cortesano

su salud, libertad, descanso y rentas,

sólo porque le mire el soberano.

Así yo sufro amor, celos, afrentas;

sirvo, pretendo, y tú, dueño tirano,

con sola una mirada me contentas.

- VIII -

Reconciliación después de unos celos y un desmayo

Acordarme no quiero, Orminta amada,

del desmayo en que apenas pude verte

cuando estaba la imagen de la muerte

en tu bello semblante retratada.

Olvido la sospecha mal fundada

que contra mí forjó la adversa suerte,

y el cargo por si débil, pero fuerte,

cuando tierna le hacías, cuando airada.

Sólo me acuerdo, sí, de aquel abrazo

en que tu gracia vi restituida,
y vi alargada a mi esperanza el plazo.

No quede cicatriz de tal herida;
reine la paz; y en tan estrecho lazo,
hallen muerte los celos, y yo vida.

- IX -

Metióse Amor a boticario un día,
bella Orminta, y compuso una receta
para curar a un mísero poeta
que herido de sus flechas padecía.

Mezcló la leche, el néctar, la ambrosía,
la azucena, la rosa y la violeta;
el metal rubio del primer planeta,
el coral y las perlas que el mar cría.

Pero salió el remedio tan ardiente

como la misma fragua de Vulcano;

erró el traidor la dosis ciertamente;

sobre todo de sal cargó la mano;

enconóse la herida de repente,

y no espero en mi vida verme sano.

- X -

Al ver yo mil poetas zalameros

que a sus damas llamaban serafines,

claveles, azucenas y jazmines,

diamantes, perlas, soles y luceros

al ver cómo sus versos lisonjeros

de nácares llenaban y carmines,

los llamaba salvajes y rocines,

los trataba de locos y embusteros.

Hoy Cupido esta burla vengar quiere

mandando que de Orminta me apasione,

y con las armas que yo herí me hiere.

Que hable yo igual idioma ya dispone;

mas si hay quien mi flaqueza vitupere,

Amor, haz que de Orminta se aficione.

- XI -

No hay gusto cumplido

Ni siquiera un renglón ayer he escrito,

que es para mí fortuna nunca vista;

hice por la mañana la conquista

de una graciosa ninfa a quien visito.

Entre amigos comí con apetito;

fui luego en un concierto violinista,

y me aplaudieron como buen versista

en cierto conciliábulo erudito.

Divertíme en un baile, volví en coche,

y el día se pasó como un instante.

¡Qué diversión tan varia, tan completa!

¡Qué vida tan feliz!... Pero esta noche

me quitó el sueño... ¿Quién? Un consonante.

¡Oh desgraciada vida de un poeta!

- XII -

La independencia

Del oro, como muchos, no dependo,

Fabio, pues ni le guardo ni codicio;

ni dependo jamás del vulgar juicio,

pues dar a luz mis obras no pretendo.

Del sexo mujeril casi no pendo,

pues amo por placer, no por oficio;

y aun menos de la corte y su bullicio,

pues de fingir y de adular no entiendo.

Solamente dependo de la muerte,

ya que discurso no hay ni diligencia

que de su despotismo nos liberte.

Mas la espero sin miedo y con paciencia,

vivo sin desearla; y de esta suerte,

amigo, se acabó la dependencia.

- XIII -

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días antes de su fallecimiento

Lamiendo reconoce el beneficio

el can más fiero al hombre que le halaga.

Yo, escritor, me desvelo por quien paga

o tarde, o mal, o nunca el buen servicio.

La envidia, la calumnia, el artificio,

cuya influencia vil todo lo estraga,

con más rabiosos dientes abren llaga

en quien abraza el literario oficio.

Así la fuerza corporal padece,

falta paciencia, el ánimo decae;

poca es la gloria, mucha la molestia.

El libro vive, y el autor perece.

Y ¿amar la ciencia tal provecho trae?...

Pues doy gusto a Forner, y hágame bestia.

Epístola III

Escrita en 9 de septiembre de 1777, respondiendo a un amigo que instaba al autor a que sacase a luz algunas composiciones

La carta en que el proyecto me sugieres

de dar a luz alguna obrilla mía,

que con benigno voto aprobar quieres,

llegó a mis manos, Fabio, el otro día;

cuando me levantaba cabalmente,

no con el entusiasmo y alegría

que en ciertos ratos un poeta siente,

sino con mal humor, melancolía,

severo enojo y tedio impertinente.

La imagen del descrédito, disgustos,

persecución, abatimiento y sustos,

que un miserable autor aquí tolera,

se me ofreció tan viva a la memoria,

que empecé a discurrir de esta manera:

O por el interés o por la gloria

los ingenios se animan. Pero, en suma,

¿qué gloria, qué interés nos da la pluma?

A la verdad que a un mero literato

las letras solas no darán un plato,

no digo de faisanes y compotas,

pero ni aun de sardinas o bellotas.

Si el infeliz no tiene

más facultades que las tres del alma,

ni más caudal que el de sabiduría,

beberá el agua clara de Hipocrene

en vez de chocolate y malvasía.

Alguna burda enjalma

será su lecho blando,

y el cordellate apreciará algún día

como el paño mejor de San Fernando.

Yo nunca he visto, en Dios y en mi conciencia,

las gratificaciones,

los distinguidos puestos, las pensiones

con que en este Madrid se diferencia

el que decora a Tácito y Virgilio

del que masca el Breviario y el concilio.

Veo, sí, con galones, mesa y coche

al que firmar su nombre sabe apenas,

mientras alguno en útiles faenas

a la luz de un candil pasa la noche,

rodeado de Servios y Macrobios,

Vosios, Erasmos, Grevios y Gronovios.

El menor mal del que a estudiar se inclina

es que, olvidando a Cicerón y Horacio,

logre la ocupación de una oficina

y en dos horas farfulle un cartapacio.

Trueque el estudio de artes y de idiomas

por aquellos científicos axiomas:

Con el fiscal, y pase a escribanía.

Pídase informe a la contaduría.

únase al expediente.

Examínese si hay antecedente.

Acúcese el recibo,

y entréguese los autos al archivo.

Con esto un hombre, por lo menos, pasa;

y si tanto le acosa el hado impío,
que, estando el siglo como está, se casa,
socorre a su viuda un montepío;
y de todas maneras, mejor dote
la dará que un poeta un tagarote.
Los tesoros y dádivas que acopia
Amaltea en su bella cornucopia
no alcanzan a los súbditos de Apolo;
no, con laureles se contentan sólo.
Y ¿en qué buena república hay oficio
que a los que le profesan no alimente
y les sirva de fondo vitalicio?
Pero el decoro pide que no rente
al escritor ni un cuarto su ejercicio.
Es arte liberal, noble tarea,
que ningún estipendio,

sino el de aplausos y de honor, codicia.

Bien noble y liberal es la milicia,

y no hay, con todo, general que crea

que de su profesión es vilipendio

acudir muy puntual por su mesada,

aunque deje al morir virgen su espada.

Ello es que en este suelo, en esta era,

la difícil carrera

de las letras humanas nada vale.

Por más que el sabio desprenderse quiera

del oro vil, la cuenta no le sale;

pues tanto como al necio,

de quien él suele hacer alto desprecio,

obliga a su merced la ley precisa

de no vivir sin pan y sin camisa;

Y la Filosofía, que abundante
se ve de ideas y pomposos nombres,
limosna pide al fin, cual vergonzante,
a la Pecunia, reina de los hombres.

¿No la aconsejarán que tenga juicio,
que no sea tan vana y dominante,
y que tome otro oficio
antes que se le den en el Hospicio?

Mas oigo a muchos ya, que me replican
que no todos los doctos son hambrientos,
pues varios hay que a trabajar se aplican
por la fama que adquieren sus talentos.

¡Fama! ¡Sonora voz, con que infinitos
se dejan engañar, creyendo existe!

No la hallará en su vida el que se aliste
entre los matritenses eruditos.

Lo regular será que se malquiste;
que antes que salga su obra de la prensa
ya se la estén mordiendo los malignos;
que le atribuyan cosas que no piensa;
que le apoden con términos indignos,
y las calumnias, réplicas, libelos
sean toda la gloria y recompensa
que creyó merecer con sus desvelos.

-Martirio por la patria se padece.

-Es verdad si la patria lo agradece;
no cuando premia ociosos imperitos.

Muchos e injustos son, y el alboroto
de sus confusos gritos
no nos deja escuchar el cuerdo voto
de este o aquel censor que hace justicia
sin lisonja, sin odio, sin malicia.

Habrá quien al oír tales lamentos
diga: ¡Qué estos señores literatos
siempre hayan de quejarse descontentos!
¿Pretenden, por ventura,
que en premio de sus útiles conatos
les erijan estatuas a docenas,
como lo acostumbró la antigua Atenas?
No siempre el siglo de un Augusto dura,
ni nacen como quiera los Mecenas.
¿Es tal de los poetas la locura,
que aún esperan, no obstante,
que en los teatros el concurso todo,
al escuchar sus versos, se levante
con reverente admiración, al modo
que lo hizo
un día la romana gente

cuando unos de Virgilio casualmente

empezó a recitar un comediante?

-No, no aspiran a honor tan soberano.

Sólo piden que un pueblo que dar quiso

cinco mil pesos por un breve instante

en que salió, con superior permiso,

al circo madrileño un feo enano,

llevando a una gigante de la mano

y a otro lado un hombrón medio gigante;

pague una vez quinientos, a lo menos,

por la edición de un par de libros buenos.

Buenos digo, pues malos ya los paga,

y a fe que hay de éstos una egipcia plaga,

mientras que yacen en olvido injusto

algunos pocos que dictó el buen gusto.

Antes de mucho, en las confiterías
nos han de envolver chochos,
o en las botillerías
han de cubrir los cestos de bizcochos
con prosa de Saavedra y de Moncada.

No ha de haber droguería ni botica
en que toda vasija, grande o chica,
no se guarde tapada
con hoja en que esté impreso

El dulce lamentar de dos pastores.

Así se animarán nuevos autores
a imprimir obras que vender al peso.

Pero tú me dirás: Enhorabuena,
no escribas por codicia pecuniaria,
ni tampoco te dé la menor pena
esa maledicencia literaria

que todo, sin examen, lo condena.

Escribe por el póstumo renombre

que tendrás en los siglos venideros,

trabaja sin aplausos ni dineros;

que un día, al fin, te llamarán grande hombre.

Pero, Fabio, ese fruto

¿quién le ha de recoger? ¿Mi calavera?

Y aunque pague honorífico tributo

a mis cenizas la nación entera.

¿Es éste, por ventura, un lenitivo

de los males que paso mientras vivo?

Pregúntale a Cervantes qué provecho

hoy goza como autor de Don Quijote.

Si está muy satisfecho

de que, celosa, una Academia vote

que aquella famosísima novela

se imprima por Ibarra en papel fino

y la encuaderne Sancha en tafilete;

y si esto le consuela

de haber sufrido un mísero destino,

de haber muerto el pobrete

acosado de críticas sangrientas

con que dieron sobre él plumas e imprentas.

Esas glorias tardías

(aun cuando a merecerlas yo llegara)

las trueco todas por pasar mis días

sin que ninguno me eche nada en cara

ni me aflijan satíricas porfías.

El único partido y el más justo,

es renunciar al literario gremio;

no escribir ya por ambición de premio,

no por gloria presente ni futura,
sino por diversión, por mero gusto
y evitando la pública censura.

Desde hoy, sin que la envidia me haga mella,
la vida pasaré quieta y segura.

Desde hoy (pues a la actual literatura
domina aquí tan azarosa estrella)
he de olvidarla, aunque me llamen loco.

Ella en perderme perderá bien poco,
yo pierdo menos en perderla a ella.

De esta manera, Fabio, yo soltaba
la rienda a mis funestos pensamientos,
lastimado de ver cuanto se agrava
el mal de la ignorancia por momentos.

No pude contenerme, y al instante
un gran montón de libros que tenía

sobre mi mesa, trasladé al estante,

donde gocen perpetuas vacaciones

entre arañas polillas y ratones.

A la mano dejé sólo una Guía

de Forasteros, que me avise el día

en que obligado vivo

a revolver legajos de un archivo,

de cuya ocupación más fruto saco

que de ser traductor de Horacio Flaco.

Luego, bajo de llave, a una gaveta

ciertas obrillas mías encomiendo,

de aquel tiempo en que estaba yo creyendo

que no era desatino ser poeta.

Y al sepultarlas en eterno olvido,

las pongo esta inscripción: TIEMPO PERDIDO.

Rasgo después tu carta, porque acaso

los consejos que en ella me has escrito
sobre que me entrometa en el Parnaso,
no me abran algún día el apetito
de hacer sudar, con bien inútil pena,
a los prensistas de mi amigo Mena.

Con tal resolución quedé tranquilo.

Salí de los trabajos de estudiante,
y así, de aquí adelante
dormiré bien y criaré buen quilo,
templaré la acrimonia de la bilis,
dejaré ya que cante

el divino Marón a su Amarilis,
a su Dido, a sus Eneas y a su Turno.

No me he de hablar ya más con Robortelo

Muratori, Escalígero y Minturno,

que el arte enseñan del señor de Delo;

y perderé una mano

si más tocare el forro a Quintiliano.

A bien que nada de esto es ya preciso

para hacer mi papel en esta villa.

Yo me engalanaré como un Narciso,

y por dos cuartos tomaré una silla

del paseo del Prado,

desde donde podré muy descansado,

sin abrir libro que me dé jaqueca,

sentencia pronunciar definitiva

contra lo que otro escriba

revolviendo la Regia Biblioteca.

De nuestros comediantes de ambos sexos

aprenderé la lista de memoria,

y aunque digan dislates inconexos,

que hilvanó a toda prisa un mal poeta,

nadie me ganará la palmatoria

en frecuentar los palcos y luneta.

Allí desde hoy con cara de baqueta

oiré, sin tomarme pesadumbres

la desvergüenza pública y notoria

de la escuela (que llaman) de costumbres,

en el siglo (que llaman) ilustrado,

y en una capital de un grande Estado.

No perderé convite ni bureo;

sabré muy por menor cuándo el paseo

de Atocha a San Isidro se transfiere,

cuándo el Retiro al río se prefiere,

cuándo toca al Canal su temporada,

cuándo es a las Delicias la jornada.

No faltaré en café, toros ni ferias,

ni en la Puerta del Sol habrá corrillo

o tienda en que no logre yo cabida.

Iré a tertulias donde las materias

más importantes sean el tresillo,

el mal tiempo, del prójimo la vida,

los talcos y las borlas del peinado;

y en fin, seré un ocioso consumado.

Así me llamarán jovial, sociable,

útil, hábil, político y amable.

Ahora, Fabio, dime si esta fama

llegaré a conseguir, y este sosiego,

después que, avergonzado de ser lego,

muchas horas de cama

hurte para leer cualquier librote

de algún comentador desaforado,

o rascarme la frente y el cogote
buscando consonante a California,
y el verso que me salga mal forjado
treinta veces volver a la bigornia,
como lo dijo Horacio en un tratado
que no construye todo licenciado.
Tú, en fin, aprobarás que yo me exima
de trabajar sin especial influjo
en lo que mucho cuesta y no se estima.
Mi tal cual numen se metió cartujo;
que esta literatura desanima,
persigue, cansa, abate y atropella,
y mi primer dictamen no revoco.
Ella en perderme perderá bien poco,
yo pierdo menos en perderla a ella.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

